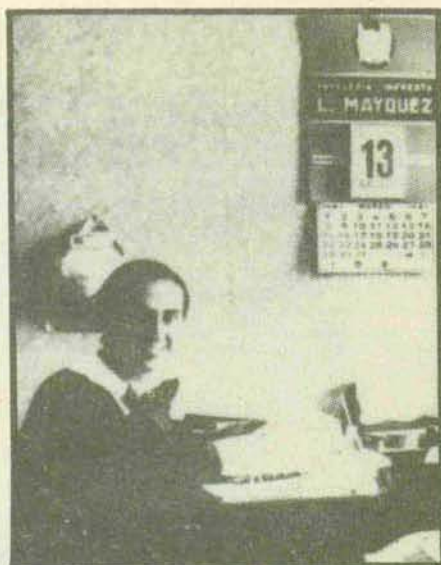


# MEMORIAS DE UNA ARISTOCRATA COMUNISTA

Con treinta y ocho años de retraso en relación a la edición norteamericana, ha aparecido por fin la primera edición española de **Doble esplendor** (1), autobiografía de Constanacia de la Mora que únicamente había sido publicada en castellano en países hispanos como México, Cuba, etc. Constituye este libro una buena muestra de esa modalidad de reseñar los acontecimientos históricos que son las memorias, insoslayable y rica fuente documental para el historiador. Muchas son las obras de este género que han sido dadas a conocer en nuestro país, en los últimos años, destinadas a rememorar la participación de personalidades políticas, militares o intelectuales en el periodo comprendido entre la instauración de la II República y el fin de la guerra civil. En este sentido cabe mencionar la aparición, casi simultánea a la de **Doble esplendor**, de **Cambio de rumbo**, de Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la Aviación Española durante la guerra y compañero de Constanacia de la Mora.

Pero quizá el mayor interés de esta autobiografía que hoy comentamos, venga referido por el carácter excepcional de la protagonista. Y ello no es así porque esta mujer haya jugado un papel decisivo en la marcha de los acontecimientos, ni porque su figura sea excesivamente conocida —en el fondo, a excepción de Dolores Ibárruri, hay pocas mujeres auténticamente populares de entre las que realizaron una labor notable en el periodo anteriormente aludido—, sino porque el destino la puso en condiciones de ser testigo y participante, a la vez, de sucesos trascendentales para nuestro país. Ese destino quiso que Constanacia de la Mora fuera nieta de don Antonio Maura y, por tanto, miembro de una familia de clara significación social y política en el primer tercio de siglo. Pero el caso es que Constanacia se identificó más con la rama de su republicano tío Miguel que con la del



hermano de éste, el Duque de Maury. Más aún, habría que decir que en la generación de Constanacia se radicalizaron de algún modo las posturas encontradas en miembros cercanos de la familia, pues mientras ella llegó a ser miembro del P.C.E. durante la guerra, por la misma época su hermana Marichu ostentaba el cargo de Delegada general de Prensa y Propaganda de la Sección Femenina, detalle que, por cierto, es omitido en el libro.

En los dos primeros capítulos de la obra —infancia, juventud y primer matrimonio de la autora que coinciden históricamente con los comienzos del reinado de Alfonso XIII y con la Dictadura de Primo de Rivera—, Constanacia se deja llevar con vehemencia por sus recuerdos personales: su educación en el clasiista colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, su estancia en Cambridge, los viajes de placer y la vida de sociedad correspondientes a una señorita de su clase y, por fin, su matrimonio bastante desgraciado con un malagueño del que —¿inconsciente venganza?— nunca llegaremos a saber su nombre, pues se limita a mencionarle por su apellido: Bolín. Pero además no falta la reseña de los acontecimientos políticos y sociales que se van produciendo, ni la pintura, en apuntes breves pero notablemente críticos, de unos personajes históricos que ella nos descubre en sus aspectos más humanos, más de carne y hueso. Así aparece un Antonio Maura en su faceta familiar, enormemente patriarcal; un Alfonso XIII enamorado y galanteador; un Primo de Rivera piropeador y chabacano; una infanta Isabel cotidiana y bastante vulgar, y una

aristocracia española, en fin, temerosa, mezquina y egoísta.

En la segunda y tercera parte del libro —República y guerra civil— parece coincidir la aspiración colectiva a un cambio real de la sociedad, con las expectativas personales de la autora. Ahora Constanacia decide ser libre y comete dos graves traiciones a su clase: trabajar para vivir por su cuenta y divorciarse de su convencional marido. La ley de divorcio de la República casi la estrena ella. Y más aún: vuelve a casarse, en matrimonio esta vez civil, con el aviador republicano Hidalgo de Cisneros, participante en la frustrada sublevación de Cuatro Vientos y futuro miembro del P.C.E. Con él, agregado aéreo en Italia y Alemania durante la República, tiene ocasión de ser testigo de excepción de los fenómenos del fascismo y el nazismo observados desde una posición, por su cargo, privilegiada.

Pero será la guerra civil la que impulsará ineludiblemente a Constanacia a tomar responsabilidades de tipo social y político en consonancia con sus ideas: se encargará de auxiliar a los niños de un asilo madrileño abandonado precipitadamente por las monjas y de su posterior evacuación a Alicante; instalará un hospital de convalecientes en esta provincia, y formará parte de la Oficina de Prensa Extranjera en Valencia y después en Barcelona.

Sin embargo, a pesar de toda esta trayectoria vital sorprendente y esforzada, es seguro que en Constanacia hubieron de pugnar marcadas contradicciones entre el idealismo libremente asumido y la educación recibida, aunque en el libro ella no lo manifieste de forma directa. Y es que aun siendo una «declassée», o precisamente por ello mismo, «Connie» —como era llamada familiarmente— conserva en todo momento esa indefinible elegancia que su especial origen le aportó. En las circunstancias más dramáticas y penosas se muestra como una mujer dueña de sus sentimientos y emociones, digna y serena sin dejar de evidenciar un espíritu apasionado y enérgico. Es la otra cara de la moneda del desgarramiento verbal de la Dolores Ibárruri de **El único camino**. Dos mujeres al servicio de una misma causa y, sin embargo, dos formas distintas de pasar por la vida y de contarnos la historia. ■ **MERCEDES G. BASAURI.**

(1) *Constancia de la Mora: Doble esplendor*. Barcelona, Ed. CRÍTICA, Grupo editorial Grijalbo, 1977, 467 págs.